

VOL. 1 N° 11

ABRIL 1954

MÁS ALLA



Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 – N.º 11

ABRIL 1954

MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASÍA

**Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la
magia científica**

SUMARIO

NOVELA (Conclusión):

LA ISLA DEL DRAGÓN, por JACK WILLIAMSON

El que encarna el porvenir es odiado y temido.

CUENTOS:

PROFUNDIDAD, por ISAAC ASIMOV

*Cuesta arriba, lejos del frío acogedor de las cavernas
subterráneas.*

PRISIONERO DE SÍ MISMO, por F. L. WALLACE

Una red invisible que atrapa, conecta, esclaviza.

SANGUIJUELA, por PHILLIPS BARBEE

La testaruda inocencia del criminal más alevoso y

suave.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

LAS ESTRELLAS, por JOSÉ F. WESTERKAMP

Continuación de LA CONQUISTA DEL ESPACIO

EL CASO DE LOS ELEFANTES DESAPARECIDOS

¿Cómo pueden desaparecer los mamíferos más colosales?

¿ES POSIBLE LA VIDA ARTIFICIAL?, por WILLY LEY

El problema más audaz de la ciencia: la fabricación del protoplasma.

NOVEDADES CÓSMICAS:

LOS INOCENTES DEL AÑO 2000

ESPACIOTEST

CONTESTANDO A LOS LECTORES

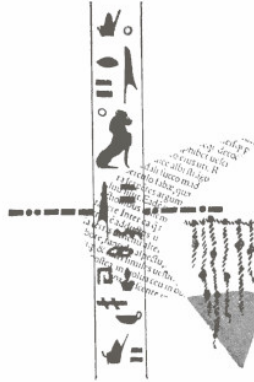
EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA

Por Camps

Ilustra las «mulas» de LA ISLA DEL DRAGÓN.

CADUCIDAD DEL LENGUAJE



PARALELAMENTE a la difusión del alfabetismo y a la creciente complicación de la vida, aumenta el número de cartas que son escritas. Pero cada vez son más cortas, cada vez más lacónicas, cada vez más utilitarias, cada vez menos personales.

La personalidad tiene su último refugio en los errores de ortografía y de sintaxis. Pasados son los tiempos de las correspondencias sin aparente utilidad práctica, de las cartas-confesión, de las cartas-diario, de las cartas-desahogo. Con el desarrollo de los medios de comunicación y de información, ha desaparecido el aislamiento individual que solo mediante la correspondencia, en otros tiempos, podía ser parcialmente superado. El hecho de que la mayoría de las cartas viajen por vía aérea y que el franqueo de la correspondencia aérea aumente proporcionalmente al peso, hace que el que escribe trate subconscientemen-

te de limitar el número de las palabras, porque cada palabra innecesaria podrá tener el efecto de hacerle pasar el límite de los cinco gramos. La difusión de la comunicación telegráfica y cablegráfica, en la cual cada palabra vale oro, ha determinado la invención de neologismos y de códigos, y una nueva valorización de la palabra.

El laconismo ha invadido otros campos. El cuento corto, el resumen, el esquema y la historieta han reemplazado respectivamente al ensayo ancho y ecléctico, estilo Montaigne, a la obra difusa y meditada, a las disquisiciones amplias y ricas en descripciones y comparaciones, y a las novelas de gran formato, con elocuentes diálogos e ilustraciones de página entera. El *Pocket Book* desaloja a la enciclopedia, la revista al libro, el telegrama a la epístola. En vez de tratar de convencer, ahora se trata de impresionar: el valor de la obra literaria no se mide por su fuerza de persuasión, sino por el impacto superficial, por la violencia dramática de su *punch*.

E STO implica revolución de los gustos, transformación de los criterios de juicio, alteración de la mentalidad de las masas. El lenguaje y sus formas varían con las formas de la civilización: una civilización estática manifestará su carácter en lenguaje también estático. Los egipcios tenían una forma de escritura que les impedía representar conceptos inmateriales; los incas ignoraban la escritura. Quizás la ruina de estas inmensas civilizaciones sea debida, en parte, a los defectos de que adolecía su sistema de transmisión del pensamiento y de la cultura. La escritura ideográfica egipcia y los quipus incaicos no permitían la evolución del pensamiento de la manera dinámica que requiere la realidad cambiante de la historia.

Nosotros, por el contrario, tenemos un lenguaje que se presta –o nos parece que se presta– a todas las variaciones, que se adapta a todos los cambios, que varía, como

hemos visto, de año en año, plegándose a las más ligeras oscilaciones de nuestros deseos y de nuestros gustos. ¿Cómo variarán el lenguaje, los métodos de comunicación y los estilos literarios cuando la técnica, en otros campos, haya evolucionado más y más? Un antiguo egipcio no podría entender el lenguaje figurado, analógico y espiritual de una novela moderna, aunque se le explicara el sentido de cada palabra: su forma mental se lo impediría. ¿Podremos nosotros entender la fraseología de nuestros descendientes, que se comunicarán telepáticamente, con un lenguaje sintético y refinadísimo? ¿Podrá seguir adaptándose nuestro idioma a las demandas del progreso humano, o llegará el momento en que ello aparecerá tan anticuado como los jeroglíficos de los obeliscos? Y nuestra forma mental, que tan moderna e inmejorable nos parece ¿en qué fecha se volverá arcaica e incomprensible para los que serán en ese lejano entonces los hombres modernos?



PROFUNDIDAD

Por ISAAC ASIMOV



Ilustrado por Ashman

Ardua tarea la de una raza que, refugiada en las entrañas de un planeta, ha de volver a la superficie para no sucumbir.

A la larga, todo planeta debe morir. Puede ser una muerte rápida si su sol explota. Puede ser una muerte lenta si su sol se va extinguiendo y sus océanos quedan encerrados bajo una capa de hielo. En este último caso, al menos, la vida racional tiene posibilidades de supervivencia.

Una manera de seguir viviendo es partir hacia el espacio, ya hacia un planeta más cercano al sol que se enfría, ya hacia un planeta de otro sol; el primer camino está cerrado si, desgraciadamente, el planeta que se intenta abandonar es el único habitable del sistema; el segundo lo está, a su vez, si ninguna otra estrella se halla dentro de los quinientos mil años luz.

La otra posibilidad de supervivencia puede ser hacia adentro, bajo la corteza del planeta. Esto es siempre posible. Se puede construir un nuevo hogar bajo tierra y aprovechar como energía el calor del centro del planeta. Quizá se necesite cientos de años para la tarea; pero, de cualquier manera, un sol agonizante se enfría lentamente.

Sin embargo, el calor planetario también se acaba con el tiempo. A medida que el planeta se va enfriando, los pozos hay que cavarlos más y más hondos.

Ese momento se estaba acercando.

En la superficie del planeta, pequeñas cantidades de neón estallaban apagadamente, apenas capaces de agitar los charcos de oxígeno, que se juntaban en las zonas bajas.

A veces, durante el día, el sol, cubierto por una oscura corteza, llameaba brevemente con un rojizo resplandor grisáceo, haciendo burbujear un poco los charcos de oxígeno.

Durante la inmensa noche una escarcha azulada de oxígeno se formaba en los charcos, y sobre las rocas desnudas caía un rocío de neón.

A mil kilómetros bajo la superficie, quedaba el último resto de calor y de vida.

LA vinculación de Wenda con Roi era mucho más cercana de lo que cualquiera hubiese imaginado, mucho más de lo que ella tenía derecho a saber.

Le habían permitido entrar en el Ovario una sola vez en su vida, y se le había hecho entender claramente que sería la única.

El raciólogo había dicho: «Usted no satisface completamente los requisitos, Wenda; pero es fértil, y eso puede ser suficiente. Vamos a probarla y veremos».

Ella deseaba que aquello resultara. Lo deseaba desesperadamente. Desde joven supo que su inteligencia era deficiente, que nunca sería más que una manual. La agobiaba el hecho de ser un fracaso para la raza y ansiaba tan solo una oportunidad para ayudar a crear otro ser.

Depositó un huevo en un rincón del aparato y luego se detuvo a observar. Por fortuna el proceso indeterminado que movía los huevos durante la inseminación mecánica (que asegura hasta la distribución de los genes) no hizo otro daño al suyo que el de hacerle bambolearse un poco.

Continuó su observación, modestamente, durante el período de maduración. Observó el pequeño ser que emergía del huevo que era suyo, notó sus características físicas, lo siguió durante su crecimiento.

Era un joven saludable, y el raciólogo lo aprobó.

En un momento dado, ella dijo:

–Mire aquel, el que está sentado allí. ¿Está enfermo?

–¿Cuál? –El raciólogo se alarmó: niños visiblemente enfermos en esta etapa serían una gran tacha sobre su capacidad profesional—. ¿Se refiere usted a Roi? Tonterías. Ojalá todos nuestros jóvenes fueran como él.

Al principio ella estaba satisfecha de sí misma; luego, atemorizada; finalmente, horrorizada, porque se encontró persiguiendo al joven mientras este crecía, interesándose por sus estudios, observándolo en sus juegos. Estaba con-

tenta cuando él se encontraba cerca, pero se sentía deprimida y triste cuando se hallaba lejos. Nunca había oído hablar de semejante pasión y estaba avergonzada.

TENDRÍA que haber visitado al mentalista, pero obró con mejor criterio. No era tan torpe como para no darse cuenta de que aquello no era una leve aberración que pudiera curarse con un toque a una célula cerebral. Era realmente un síntoma psicopático. Estaba segura de que ese era el diagnóstico. Y si lo descubrieran, la confinarían; o la eliminarían en nombre de la eutanasia, considerándola un gasto inútil de la energía que tan limitada estaba para la raza. Hasta podrían quizás eliminar el producto de su huevo si es que llegaban a descubrir de quién provenía.

Se dedicó a combatir su anormalidad a través de los años; y en cierta medida, triunfó, hasta que llegó a sus oídos por primera vez la noticia de que Roi había sido elegido para el largo viaje, y entonces, se sintió de nuevo profundamente acongojada.

LO siguió hasta uno de los corredores vacíos de la caverna, a varios kilómetros del centro de la ciudad. La ciudad: había solamente una. Todavía se acordaba Wenda del cierre de esta caverna en particular. Los ancianos habían recorrido toda su longitud, calculado su población y la energía necesaria para mantener su potencial, y luego decidieron cerrarla. A la población, que seguramente no era abundante, se la había trasladado más cerca del centro, y la cuota asignada para la etapa siguiente del Ovario había sido bastante reducida.

Wenda encontró muy superficial el nivel de comunicación de pensamiento de Roi, como si su mente se hubiera sumergido en sí misma, contemplativamente.

—¿Estás asustado? —pensó ante él.

–¿Por qué? ¿Porque vengo aquí a meditar?... Sí, lo estoy. Es la última oportunidad de la raza. Si yo fracasara...

Roi la miró con asombro, y el flujo cerebral de Wenda se agitó avergonzado por su falta de decoro.

–Desearía ir yo en tu lugar –afirmó Wenda.

–¿Crees que puedes realizar mejor el trabajo?

–¡Oh, no! Pero si yo fallara y no regresara, la pérdida para la raza sería menor.

–La pérdida es exactamente la misma –replicó él, impasible–, tanto seas tú como yo. Es la pérdida de la existencia racial.

Si en algún lugar de la mente de Wenda estaba en ese momento el problema de la existencia racial, era en el último rincón.

–Es tan largo el viaje... –suspiró ella.

–¿Cuánto? –inquirió él con una sonrisa–. ¿Lo sabes?

Ella dudó. Deseaba no parecer estúpida ante él. Pero al fin dijo con temor:

–Se dice que la meta es el Primer Nivel.

Cuando Wenda era niña y los corredores calefaccionados se extendían lejos de la ciudad, los había recorrido y explorado, como solían hacerlo los jóvenes. Un día, estando muy lejos, donde ya el aire frío la mordía, llegó a un corredor que se extendía oblicuamente hacia arriba pero que estaba bloqueado por una enorme roca. Del otro lado y hacia arriba se extendía lo que se llamaba, según ella aprendió más tarde, el Sexagésimo Noveno Nivel, a continuación el Sexagésimo Octavo y así sucesivamente.

–Iremos más allá del Primer Nivel, Wenda.

–Pero no hay nada detrás de él –protestó ella.

–Tienes razón. Nada. Toda la materia sólida del planeta se acaba allí.

–Pero ¿cómo puede haber algo que no sea nada?
¿Quieres decir aire?

–No; quiero decir nada: vacío. Tú sabes lo que quiere decir vacío, ¿no es cierto?

–Sí; pero los vacíos hay que mantenerlos con bombas y cámaras aisladas.

–Ese es un buen razonamiento para una manual. Sin embargo, más allá del Primer Nivel hay una indefinida cantidad de vacío que se extiende por todas partes.

Wenda pensó un instante, y luego preguntó:

–¿Ya estuvo alguien allí alguna vez?

–Naturalmente que no. Pero nosotros tenemos registros.

–Puede ser que los registros estén equivocados.

–No puede ser. ¿Sabes cuánto espacio voy a atravesar?

El flujo cerebral de Wenda denotaba una abrumante negativa. Roi agregó:

–Supongo que sabes la velocidad de la luz.

–Por supuesto –replicó ella rápidamente; pues era una constante universal que hasta los niños conocían–: mil novecientas cincuenta y cuatro veces la longitud de la caverna, ida y vuelta, en un segundo.

–Correcto –dijo Roi–; pero si la luz se trasladara a lo largo de la distancia que tengo que recorrer, tardaría diez años.

–Te estás burlando de mí. Estás tratando de atemorizarme –dijo Wenda.

–¿Qué razón tendría para hacerlo? –Roi se levantó–. Bueno, ya he perdido demasiado tiempo aquí...

Por un instante, uno de sus seis miembros prensores se apoyó levemente en uno de los de ella, con cordialidad objetiva e impasible. Un impulso irracional obligó a Wenda a tomarlo fuertemente, tratando de evitar que la dejara.

En ese instante sintió pánico. Temía que él indagara en su mente más allá del nivel de comunicación, que se indignara y no volviera a verla; o peor aún, que informara para someterla a tratamiento. Después se tranquilizó. Roi era normal, no enfermo como ella. Él no soñaría siquiera en penetrar la mente de un amigo más allá del nivel de comunicación, cualquiera que fuese la causa.

Lo vio realmente hermoso cuando se alejó. Sus miembros eran rectos y fuertes; sus vibrápodos, prensiles y manipuladores, eran numerosos y delicados, y sus placas ópticas, de una belleza opalescente como ella jamás había visto.

II

LAURA se acomodó en su asiento. ¡Qué suaves y confortables los hacían! ¡Qué agradables y tranquilizadores eran en su interior los aeroplanos, tan diferentes del brillo inhumano del exterior, duro y plateado!

La cuna estaba en el asiento de al lado. Atisbó a través de la manta y del gorro pequeño y arrugado. Wálter estaba durmiendo; su cara tenía la vacía y redonda suavidad de la infancia, y los párpados eran dos pétalos caídos sobre sus ojos.

Un mechón de cabellos castaños se desparramaba sobre su frente. Con infinita delicadeza, Laura lo recogió nuevamente dentro del gorro.

Pronto sería la hora del biberón de Wálter, y ella esperaba que, dada su corta edad, todo lo nuevo y extraño que lo rodeaba no le haría sentirse molesto.

La camarera se comportaba muy bondadosamente. Hasta mantenía frías las botellas en una pequeña heladera.

¡Imagínense, una heladera a bordo de un aeroplano!

La gente del otro lado del pasillo contemplaba a Laura de esa manera tan propia de las personas que tienen ganas de entablar conversación, pero que solo les falta encontrar la excusa para hacerlo. Esta llegó cuando Laura levantó a Wálter de la cuna y colocó sobre su falda ese montoncito de carne rosada envuelta en una bata de algodón.

Un niño es siempre recurso legítimo para entablar conversación entre extraños.

–¡Qué hermoso niño! ¿Qué edad tiene, señora? –exclamó la viajera del otro lado, repitiendo la frase usual en estos casos.

–La semana que viene cumple cuatro meses –respondió Laura a través de su boca llena de alfileres: había extendido una manta sobre sus rodillas y estaba cambiando a Wálter. Este abría los ojos mientras sonreía bobamente a la señora, estirando su boquita con un gesto blando y húmedo: siempre gozaba cuando lo cambiaban.

–Mira cómo sonrío, George –dijo la señora.

Su marido devolvió la sonrisa al niño haciéndole jugar con sus gruesos dedos.

–Go, go –le canturreó. Wálter se rio entre hipos con un tono agudo.

–¿Cómo se llama? –interrogó la señora.

–Wálter Michel –respondió Laura–, como su padre.

Las barreras estaban ya rotas. Laura se enteró de que la pareja eran George y Eleanor Ellis, que estaban de vacaciones, que tenían tres hijos: dos mujeres y un varón; los tres ya mayores. Ambas hijas estaban casadas, y una de ellas tenía dos nenes.